

BUM BUM BUM BUM

Me olvido de Leila cuando escucho techno. El sonido me envuelve y me separa de la gente, como un escudo, aunque me rocen, me empujen o me salpiquen de cubata. Formo parte de la masa de personas hacinadas en un sótano de ladrillo negro abovedado, balanceándonos al ritmo, adelante y atrás, pero el techno me atrapa en la guarida que es mi cuerpo, vibrando en mi piel.

Los bajos golpean rápido y los siento impactando en mis huesos. Hace rato que me duelen las lumbares, pero sigo. Estoy hipnotizada. El cuarto de pastilla que me he comido hace un rato en el baño empieza a hacer efecto. Respiro hondo esbozando una sonrisa y una oleada de algo que imagino pastoso y fosforito me cubre por dentro. Mi mente se apaga en todas sus áreas no implicadas en el ahora. Leila desaparece. Ya no veo el polvo blanco atorado en sus pestañas.

Mi amiga llega a mi lado, me rodea los hombros con su brazo y me besa tierna en la mejilla. Me pregunta si estoy bien, mirándome a los ojos con sus ojos de agujero negro. No son los ojos verdes de Leila. De puta madre, le digo. Se ríe agitando mi brazo y me suelta para seguir su propio viaje privado.

En la cabina, el DJ mueve la cabeza gacha mientras toquitea botones y controles desconocidos para mí. En la primera fila, tres amigos que se me antojan idénticos, con gafas de sol de Decathlon, pendientes y mohicana, atraviesan con las manos los barrotos de láser rojo que van del techo hasta el suelo, separando la mesa de mezclas de la zona de baile.

La música rompe en un estallido de ruidos de fábrica y un bombo grave, el público grita y levanta las manos, sacudiéndose con más fuerza. Se me eriza la piel de los muslos y miro a mi izquierda buscando a mi amiga, que baja y sube los puños con los codos flexionados mientras imita el sonido con los labios. Bum bum bum bum. Me fundo con ella en los mismos movimientos.

Hidrato mi boca seca con un roncola aguado y templado. Observo las sensaciones del líquido dulce cayendo por mi garganta, siento cada parte de mi cuerpo, identifico por separado cada músculo implicado en mi baile de culto al olvido, el retumbar del sonido en mi caja torácica, la camiseta que acaricia mis pezones, la tirantez de mi pelo mal recogido en un moño y el sudor de mis axilas.

Más allá de los límites de mi cuerpo, solo existe lo que veo. Ya no hay polvo blanco en las pestañas de Leila, ni cabello negro arrancado. Lo que existe ahora es solo humo blanco y paredes negras. Lo que veo es la jauría de mandíbulas tensas que me protege y, de vez en cuando, alguna mirada encontrada entre los parpadeos de luz tenue.

El espacio se reduce y otros cuerpos chocan con el mío en el vaivén de la danza. El DJ intensifica el ritmo de la música. Me muevo por inercia, no decido, no pienso, solo existo allí. El tiempo no pasa. No hay nada más que ocurra. Todo está bien.

Los barrotos de láser rojo comienzan a moverse, apuntándonos. La gente juega con las luces, queriendo agarrarlas. A mi lado, un tío abre la boca, dejando que la luz entre por ella. Sus dientes, su lengua y sus labios se tiñen de un rojo intenso. Leila. El polvo blanco atorado en sus pestañas. Su pelo negro arrancado. La sangre en sus comisuras.

Una ráfaga de pulsos fuertes arranca como colofón a la sesión. El bombardeo. El crujir de la roca, el crujir de los huesos. Y, de pronto, la música para. Silencio. Los ojos verdes de Leila no me miran. Busco. La gente en el bar grita de euforia. La gente en la calle grita de terror. Se enciende la luz y refleja en el negro de las paredes. Un pitido en los oídos, humo blanco, polvo blanco. La cara de Leila cubierta de polvo blanco, un solo mechón de pelo negro, sus ojos verdes perdidos, la boca roja, ensangrentada. No hay cuerpo. Busco. Gritos, piernas, escombros, un chupete. Mucha gente hablando alto, caminando hacia la salida, golpeándome al pasar, paredes de ladrillo negro que me ahogan. Leila está conmigo, la veo nítida. El blanco en sus pestañas, el negro de su pelo, el verde de

sus ojos, el rojo de su sangre. No hay más colores. Mi amiga me coge la cara. La escucho lejana. Ya no estás allí. No estás allí.

Me olvido de Leila cuando escucho techno. A veces, consigo olvidarme de Leila cuando escucho techno. Es difícil olvidarme de Leila, incluso cuando escucho techno. Para el resto del mundo parece fácil olvidarse de Leila, pero tan solo tienen que mirarla.